

JUAN

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

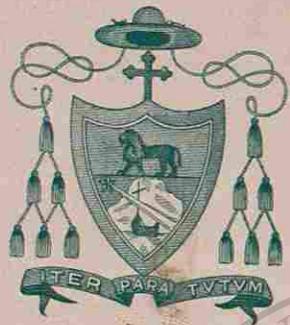
BIBLIOTECA CENTRAL DE BIBLIOTECAS

4705  
4

390

BX4705  
N4  
D5

5690



1080016663

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

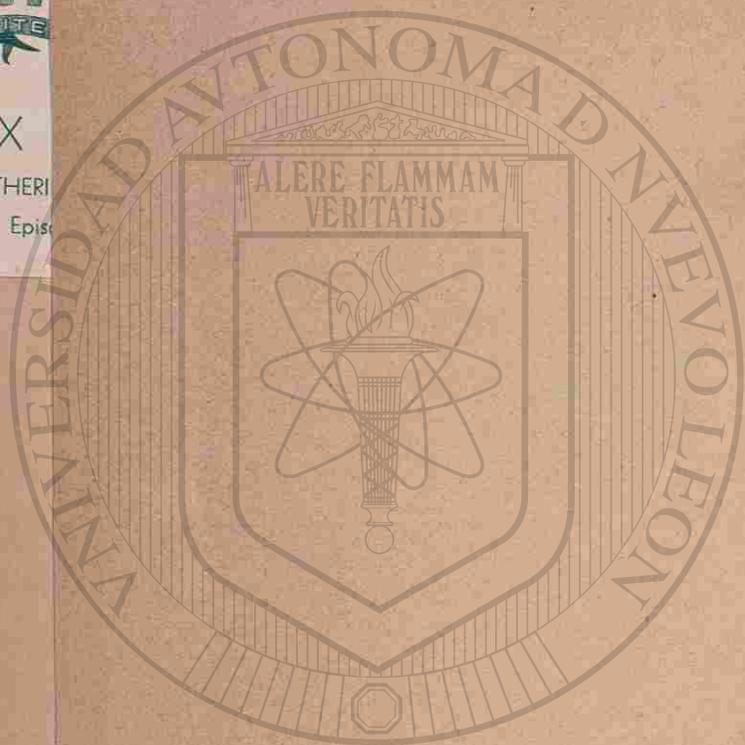
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EX  
HEMETHERI  
Epis



EL SACERDOTE FIEL  
Y SEGUN

## EL CORAZON DE DIOS.

ELOGIO FÚNEBRE

QUE EN LAS MAGNIFICAS EXQUIAS CELEBRADAS EL  
DIA 22 DE ABRIL DE 1776 EN EL SANTUARIO DE JESUS NAZARENO  
DE ATOTONILCO, A SU PATRON Y FUNDADOR.

EL M. R. P. D.

### Luis Felipe Neri de Alfaro,

*Bachiller en Sagrada Teología, Misionero Apostólico, Presbitero de la muy Ilustre y Venerable Congregación del Oratorio en la ciudad de S. Miguel el Grande, Comisario general del Santo Oficio &.*

DIJO EL M. R. P. DOCTOR

### D. Juan Benito Diaz de Gamarra y Dávalos,

PREB. SECULAR DE LA MISMA CONGREGACION,  
COMISARIO DEL SANTO OFICIO &.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

Reimpreso con licencia del Ordinario.

SAN MIGUEL DE ALLENDE.

—1901.—

IMPRENTA DE CONCEPCION SALDANA.



Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria

BX4703  
N4  
D5

# PROTESTA.

En obsequio de los decretos pontificios, y particularmente de los de N. SS. P. Urbano VIII, expedidos en 13 de Marzo de 1625 y en 5 de Junio de 1634, protesto, que cuanto digo de la virtuosa vida, del M. R. P. D. Luis Felipe Neri de Alfaro, no merece, ni se le debe otra fé que la que escriba solamente en la autoridad humana; si tal vez lo llamo santo, ó siervo de Dios, no caen estos elogios sobre la persona, sino sobre las costumbres y opinion, como explicó que podia hacerse el mismo Sr. Urbano VIII, en su decreto de 5 de Junio de 1631.

Nos el Dr. D. Miguel Primo de Ribera, Prebendado de esta Santa Iglesia, Juez Provisor, Vicario general é Inquisidor de indios y chinos de este Arzobispado, y de españoles por ausencia del Sr. propietario por el Ilmo. Sr. Dr. D. Alonzo Nuñez de Haro y Peralta, del consejo de S. M., Arzobispo de esta dicha Iglesia metropolitana, etc.

Por el tenor del presente, y por lo que á Nos toca, concedemos licencia al suplicante contenido en el escrito, para que pueda dar á las prensas el *Elogio fúnebre* que cita, respecto á que reconocida de nuestra orden, no contiene cosa contraria contra nuestra santa fé, buenas costumbres, ni regalías de S. M. (Dios le guarde) con calidad de que no se dé al público sin que primero por el R. P. aprobante se coteje, y por el oficio se tome razon. Dada en la ciudad de México, á veintidos de Junio de mil setecientos setenta y seis.

*M. F.--Dr. Primo.*

Por mandado del Sr. Provisor Vicario general.



FONDO EMETERIO  
VALVEPEDE Y TELLEZ

JACINTO ANTONIO VAZQUEZ,  
Notario Mayor.

Nos el Dr. D. Miguel Primo de Ribera, prebendado de esta Santa Iglesia, Juez Provisor, Vicario General é Inquisidor de Indios y Chinos de este Arzobispado, y de Españoles por ausencia del Sr. propietario por el Ilmo Sr. Dr. D. Alonzo Nuñez de Haro y Peralta, del consejo de S. M. Arzobispo de esta dicha Santa Iglesia Metropolitana, &c.

Por el tenor del presente y por lo que á Nos toca, concedemos licencia al suplicante contenido en el escrito, para que pueda dar á las prensas el "ELOGIO FÚNEBRE" que cita, respecto á que reconocido de nuestra orden, no contiene cosa contraria contra nuestra Santa fé, buenas costumbres, ni regalías de S. M. (Dios le guarde) con calidad de que no se dé al público sin que primero por el R. P. aprobante se coteje y por el oficio se tome razón. Dada en la ciudad de México, á veintidos de Junio de mil setecientos setenta y seis.

*M. F.—Dr. Primo.*

Por mandado del Sr. Provisor Vicario General,

*Jacinto Antonio Vázquez,*

Notario Mayor.

005390

*Parecer del Padre D. Carlos Martínez, Presbítero secular de la Congregación del Oratorio de San Felipe, Neri en la Villa de San Miguel el Grande, Rector y Catedrático de Filosofía moderna en el muy Ilustre Colegio de San Francisco de Sales, de la misma Congregación, &c.*

De orden de la Junta particular de los Padres Preósito y Diputados de nuestra Congregación, he leído con particular complacencia el "*Elogio fúnebre*" de la virtuosa vida del P. D. Luis Felipe Neri de Alfaro, que en el Santuario de Jesús Nazareno de Atotonilco dijo, con universal aplauso, el P. D. Juan Benito Diaz de Gamarra, colegial que fué en el Real y mas antiguo colegio de San Ildefonso de México; Presbítero secular de nuestra Congregación, uno de sus diputados y su procurador á las Cortes de Madrid y Roma, Dr. en Sagrados Cánones; Proto Notario Apostólico; Comisario del santo Oficio, Rector que fué y primer catedrático de Filosofía moderna en este muy Ilustre Colegio Salesiano, y actual regente de todos los estudios. El carácter de este orador distinguido en esta y otras líneas de literatura, siempre ha sido una juiciosa elocuencia, hermosa solidez y majestad, con que ha guardado el decoro y respeto á la divina palabra y á la cátedra del Espíritu Santo. Este mismo carácter atenderá en su bien acabada pieza todo hombre de buen gusto, ageno de preocupacion y nada estragado con el abuso y corrupcion del púlpito, que tan justamente han pretendido desterrar los Santos Padres, celosos Papas, y Obispos de la Iglesia. (\*) En efecto, el orador presente, como que se halla instruido á fondo en las altas obligaciones y sublimes calidades que deben adornar á un predicador del Evangelio, ministra abundantemente este celestial sustento en el "*Elogio fúnebre*" que predicó; el que tanto por el respetable objeto que propone á la imitacion, cuanto por el modo excelente de proponerlo con sublimes doctrinas, elocuente juicioso estilo, dulce provechosa narrativa de sus heroicos hechos y edificantes virtudes, es acreedor á que se dé al público para la comun utilidad. Este es mi parecer, salvo. &c.

San Miguel y Junio 4 de 1776.

*Carlos Antonio Martínez.*

En 4 de Junio de 1776, la Junta particular de los Padres Preósito y Diputados de la Congregación del Oratorio en la Villa de San Miguel el Grande, concedió su licencia para la impresion de este "*Elogio fúnebre*," de que doy fé.

*Felipe Neri Salmerón,*  
Primer Diputado y Secretario.

(\*)—Véase sobre esto la obrita que pocos años hace dió á luz en México el Lic. Lino Gómez, con el título de "Sacerdote instruido en los ministerios de predicar y confesar."

## BREVE NOTICIA

DEL

# Santuario de Jesús Nazareno de Atotonilco,

De las distribuciones y ejercicios que practicaba en él, su Patron y Fundador, el P. D. Luis Felipe Neri de Alfaro, y de sus suntuosos funerales que se celebraron después de su muerte

El Santuario de Jesús Nazareno de Atotonilco, distante dos leguas y media de la Villa de San Miguel el Grande, en el Obispado de Michoacan, es uno de los mas hermosos en todo este nuevo mundo. La belleza de su fábrica, toda de cal y canto y bóvedas; el exquisito adorno de todos sus altares y capillas; y el recogimiento y silencio que franquea su situacion, lo hacen el objeto de las admiraciones de los muchos forasteros que concurren á él diariamente, atraidos unos del buen olor de los santos ejercicios y devociones que en él se practican, y otros por estar en el camino real para varios pueblos y ciudades de tierradentro. La Iglesia, bastantemente capaz se ve hermoseedada con ocho retablos adornados con exquisito gusto con seis bellisimas capillas y tres camarines en que compete lo curioso con lo aseado y limpio de sus altares. Entre las capillas excede á todas en el primor, la del Santo Calvario, que fué el último esfuerzo de la devocion que tenia el P. D. Luis á la pasión y muerte de nuestro Redentor. Los estrechos límites de una noticia no permiten dilatarme como quisiera, y como sería preciso para dar alguna idea de la belleza y hermosura de este templo y de sus adornos. Los que lo han visto (y lo han visto muchos) conocerán bien que por mas que me extendiera en la descripción, no podría pintar al vivo todas las bellezas del Santuario. La casa de ejercicios tiene todas las piezas necesarias para la comodidad de los que se retiran por ocho dias á tratar del negocio de mayor importancia, que es el de la salvacion. Todas estas fábricas se deben á la devocion, celo y caridad de su Fundador el P. D. Luis Felipe Neri de Alfaro, quien de un campo eriazo y estéril, como era antes Atotonilco, abrigo de foragidos y de los que buscaban las sombras para cometer sus iniquidades, formó un bello paraíso y un refugio de piedad y santificacion, en que trabajó incesantemente por mas de treinta años en buscar almas para Dios, y en consolar y remediar en lo espiritual y corporal á cuantos se recogian á este sagrado asilo. Aquí vivió lo mas de su vida retirado del bullicio del mundo, ejercitándose en varias distri-

buciones de piedad, que parecería increíble las hubiera practicado tantos años sin faltar día, á no constarnos con evidencia á cuantos frecuentábamos el Santuario, y á los que lograron vivir siempre en él.

Después de gastar lo más de la noche en oración mental, preparándose para celebrar otro día los santos misterios, confesaba por la mañana á cuantas personas llegaban á sus pies: decía Misa y acabada ésta, rezaba con todos los que habían concurrido á ella la visita de los cinco altares, varias oraciones, y las de la Iglesia, por los que en aquel día agonizaban en todo el mundo, y hacía una brevisima exhortación para animar á todos á dejar el vicio y seguir el camino seguro del Evangelio. Después estaba pronto á cuantos querían consultarlo, á oír las confesiones de los pasajeros y otros que concurrían al mismo fin; rezaba su Oficio divino, estudiaba y se ejercitaba, ó en hacer flores, ó en cualquier otra obra de manos, porque huía mucho de estar ocioso ni un breve rato. A las once de la mañana se tocaba la campana, y concurrían todos á la Iglesia, donde rezaba las estaciones del Via-Crucis segun el método con que las practicaba la venerable Madre María la Antigua, y que el mismo Padre había dispuesto en un librito que dió á luz con el título de *Cadena de oro*. Se hacía el exámen de conciencia, y terminaba rezando á coro varios epitetos en alabanza de nuestro Redentor Jesús, sacados de las divinas Escrituras é impresos en varios libros de piedad. A las cuatro de la tarde volvía á la Iglesia, donde rezaba las siete Visitas al Santísimo Sacramento que también dió á luz; el Via-Crucis y la concordia espiritual, en que se pide á Dios por las necesidades de nuestra Santa Madre la Iglesia. A las siete de la noche, al toque de la campana, concurrían todos al templo, donde rezaba el rosario de quince misterios, la camándula, una novena en honor de María Santísima, y otra en el de los Santos de aquel día; exámen de conciencia, y acabado éste, decían todos en voz alta una declaración de la doctrina cristiana, segun el método del catecismo, y después se levantaba el Padre, tomaba asiento y explicaba aquella declaración. Esta era la distribución diaria en que no se han puesto otras varias devociones á los santos, por no abultar demasiado esta noticia.

Cada año daba seis tandas de ejercicios de ocho días: la primera en honor de los Dolores de María Santísima; la segunda en la Semana Santa en memoria de la Pasión del Salvador; las otras en honor del Santísimo Sacramento, de Nuestro Redentor Jesús, de su Santísimo Nacimiento, y otra en Sufragio de las benditas Animas, cuyo alivio solicitaba en todas sus oraciones, y todos los Lunes del año y en varias festividades, sacaba algunas bulas de difuntos en favor de las almas del Purgatorio.

Los días de retiro eran diez y seis en el año. Concurrían á los ejercicios y al retiro cincuenta ó sesenta pobres, á mas de las personas de distinción. Todos asistían juntos á las distribuciones y comían en un refectorio, sirviendo la mesa el P.D. Luis, y asistiendo con todos hasta las mas menudas distribuciones, sin faltar á ninguna de ellas. Concluidos los ejercicios ó

el día de retiro, en que no es facil explicar cuanto trabajaba en beneficio de las Almas, repartía crecidas limosnas á los pobres que habían asistido, después de haberles dado en todo aquel tiempo el sustento corporal. Era maravilloso el fruto que sacaba de todos los que se retiraban á pensar en las Eternas Verdades, y buscaban la soledad para que Dios les hablase al corazón.

Estas y otras muchas eran las devociones y ejercicios que practicaba el P. D. Luis Felipe Neri de Alfaro, con tanta constancia, que solo los omitió los pocos días antes de su muerte, en que sin embargo de los esfuerzos que hacía por ir á la Iglesia, no pudo ya levantarse de la cama, pero desde allí estaba unido su espíritu con todos los demás que seguían las mismas distribuciones: teniendo gran cuidado de que no se faltase á cosa alguna (ni hasta hora se ha faltado) hasta que el Viérnes 22 de Marzo de este año de 1776, determinó Dios llevárselo para sí (como esperamos de su misericordia). Luego que murió se subió el cuerpo á la sala de ejercicios, y se comenzó allí mismo (como lo había antes ordenado) un día de retiro, á que concurrieron muchas personas. Después de las veinticuatro horas, se hizo el entierro con toda la pompa y magnificencia posibles, con innumerable concurso de gente y de toda la Villa de Sn. Miguel, que se mudó ese día á Atotonilco. Corrieron los funerales á disposición de su albacea testamentario D. José Mariano Loreto de la Canal, Regidor Decano y Alférez real de la Villa de Sn. Miguel el Grande, quien no omitió diligencia por tributarle todos los honores al cadáver de aquel Sacerdote, que había sido por tantos años el director de su conciencia y á quien veneró siempre como á un Padre lleno de amor y ternura. El M. I. Cabildo de la Villa de San Miguel, quiso también honrar los funerales, asistiendo bajo de masas: demostración que solo pudo usarla en tanta distancia, con un varon, á quien todos respetaban por su virtud, y que tanto había trabajado en el beneficio espiritual de los habitantes de la Villa. Cantó la Misa el Padre D. Ramon de Arjona, Preposito actual de la misma Venerable Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, y se dió sepultura al cadáver en el mismo Santuario al lado del Evangelio, en el Altar mayor.

El día 22 de Abril, en que se cumplió un mes de la muerte del Padre, se solemnizaron los honras en el mismo Santuario. Erogó las crecidos costos de éstos magníficos funerales el ya dicho antes Don José Mariano Loreto de la Canal, en demostración de su filial amor y gratitud. No perdonó gastos ni diligencias para que todo saliera con el mayor lucimiento. Se preparó una pira muy bien dispuesta y de tanta elevación que llegaba hasta las bóvedas. Se cubrió de paños negros, todos nuevos, con unos vistosos recortes amarillos que le añadían mucha hermosura. Se colocaron en ellas varias tarjetas en que se escribieron diferentes poesías en honor de las virtudes del difunto, y se iluminó con muchos cirios de la mas fina cera. El aparato fúnebre del templo se encomendó á la disposi-

ción del Padre D. Manuel Ignacio de Elguera, Presbítero del Oratorio en la Villa de San Miguel, y Prefecto de su sacristía, quien con no poco esmero dispuso de manera todo el adorno, que no se echaba ménos ni lo desente ni lo magnífico. Dirigió la música el M. R. P. Fr. Martín Cruzlaegui, Misionero Apostólico del Colegio de S. Fernando de México. Es muy notorio el delicado gusto y magisterio que este religioso tiene en la música, para ponerme á hacer aquí su elogio. Bien lo conoce la gran Mexico que tantas veces lo ha admirado. Se trajo de la ciudad de Querétaro toda su capilla con su maestro D. Félix Martínez, notoria habilidad en la música, y se unió á la de San Miguel el Grande. El concurso fué de lo mas lucido de todas las ciudades vecinas y de la Villa de San Miguel. Su M. I. Ayuntamiento quiso continuar el honor de asistir tambien á estas exequias. Hacia duelo: la Venerable Congregación del Oratorio; que tomó su asiento des pues del Cabildo. Todo el Clero secular y las sagradas Religiones añadieron nuevo lustre á la función. Celebró la Misa D. Juan Manuel de Villagas Lic. en Sagrada Teología por la Real Universidad, Calificador y Comisario del Santo Oficio, Examinador sinodal del Obispado, Vicario del real Convento de Religiosas de la Villa de San Miguel, Comisario y Tesorero subdelegado de la Santa Cruzada, Cura beneficiado, Vicario incápite y Juez eclesiástico de la referida Villa. Concluida la vigilia y Misa subió al púlpito el orador y pronunció el siguiente:

—(o)—  
**ELOGIO FUNEBRE,**  
 —o—

*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet, et aedificabo ei domum, ... et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus. ¿Ubi est mors victoria tua?*

Yo me eligeré un sacerdote fiel y segun mi coraáon, y le edificaré Iglesia para que esté delante de mi Hijo Jesucristo, todos los dias de su vida. ¿Cuál, pues, ¡oh muerte! es tu victoria?

Son palabras del lib. I. de los Reyes al cap. 2. Epístola 1.<sup>a</sup> de San Pablo á los de Corinto, cap. 15.

¿Y qué, señores, vendré á este sagrado puesto á mofarme de la muerte, á hacer escarnio de su poco poder, y á preguntarle con una especie de desafío cuál es la victoria que ha conseguido? *Ubi est mors victoria tua?* ¡Ah! esta cruel é inexorable muerte ha señalado demasíadamente su poder. ¿Qué cosa mas terrible que el funesto golpe que el Viernes 22 del pasado descargó su brazo, ejecutor fiel de las ordenes de un Dios, que castiga la tierra quitando de ella los justos que la edifican? El aparato

fúnebre de este templo, los cantos lúgubres con que resuenan estas bóvedas, los suspiros y lágrimas que aun inadvertidamente se escapan al dolor; todo nos anuncia un triste recuerdo, todo nos denota, que ya no vive aquel eclesiástico enteramente dedicado á Dios, aquel ejemplar sensible de la devoción de la humanidad, de la paciencia, de la mortificación, de la caridad y desprecio de sí mismo: aquel espíritu libre de las preocupaciones del mundo, pero oculto entre las acciones mas ordinarias: aquel ministro celoso é infatigable, y por decirlo en breve, el Padre D. Luis Felipe Neri de Alfaro, Bachiller en Sagrada Teología, Misionero apostólico, Comisario general del Santo Oficio, Patron y Fundador de este Santuario.

Si, ya se acabó, ya no vive, murió ya, estos santos altares que, tantas veces lo vieron á sus piés rociándolos de lágrimas y de los que apenas podia apartarse, en vano piden ahora que los consuele con su presencia. Este Santuario que él edificó á su Nazareno amante: este templo que se gloriará siempre de haber tenido tal patron, tal fundador, parece que aun no quiere consentir en que lo ha perdido. Sí, ya no vive, se acabó ya.

Al oír esto, la piedad y la religión es cubren de un velo y derraman un torrente de lágrimas, inconsolables como Raquel, lloran no solo un hijo, sino la pérdida de su más rico y representable ornamento. Los pobres, entregados al dolor, prorrumphen en lamentables gritos, y se quejan al cielo por haberles quitado á su Padre: los que tantas veces recibieron alivio y consuelo en las aficciones del espíritu, caidos ahora de ánimo, no se atreven á interrumpir con sus gemidos este silencio: unos medios suspiros son el único elogio que su dolor profundo les permite. Sí, ya murió, ya no existe aquel héroe de la devoción y de la piedad. ¡Oh muerte, muerte! Si mides tus trofeos por la importancia de las víctimas que sacrificas, pocas veces has triunfado con tanto brillo y esplendor; pocas veces has vencido con mayores ventajas. Nos arrebataste de entre las manos á nuestro Padre: cortaste atrevida aquella flor hermosa que difundía por todas partes el suave olor de sus virtudes.

Mas ¡qué me quejo de tí, oh muerte! Dios y Señor, Tú solo fuiste quien hizo desaparecer este astro brillante, este dulce fruto de santidad, cortándolo en la sazón de sus virtudes. ¿Acaso nos lo llevaste, porque despues de tantas acciones dignas de la inmortalidad, ya no tenia Luis nada que hacer en esta vida miserable? ¿O acaso lo hiciste desaparecer de nuestra compañía en castigo de nuestros desórdenes, privándonos así de las oraciones de este justo? ¡Ah señores, yo no puedo entrar en la altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios: sus juicios son incomprensibles, y sus caminos no se pueden averiguar: (1) pero si digo, que como de las vastas llanuras se elevan aquellos vapores gruesos de que se engendra el rayo,

(1) *O altitudo divinitiarum sapientiae Dei: quám incomprehensibilia sunt judicij ejus. Ad Rom. 11. 33.*

ción del Padre D. Manuel Ignacio de Elguera, Presbítero del Oratorio en la Villa de San Miguel, y Prefecto de su sacristía, quien con no poco esmero dispuso de manera todo el adorno, que no se echaba ménos ni lo desente ni lo magnífico. Dirigió la música el M. R. P. Fr. Martín Cruzlaegui, Misionero Apostólico del Colegio de S. Fernando de México. Es muy notorio el delicado gusto y magisterio que este religioso tiene en la música, para ponerme á hacer aquí su elogio. Bien lo conoce la gran Mexico que tantas veces lo ha admirado. Se trajo de la ciudad de Querétaro toda su capilla con su maestro D. Félix Martínez, notoria habilidad en la música, y se unió á la de San Miguel el Grande. El concurso fué de lo mas lucido de todas las ciudades vecinas y de la Villa de San Miguel. Su M. I. Ayuntamiento quiso continuar el honor de asistir tambien á estas exequias. Hacia duelo: la Venerable Congregación del Oratorio; que tomó su asiento des pues del Cabildo. Todo el Clero secular y las sagradas Religiones añadieron nuevo lustre á la función. Celebró la Misa D. Juan Manuel de Villagas Lic. en Sagrada Teología por la Real Universidad, Calificador y Comisario del Santo Oficio, Examinador sinodal del Obispado, Vicario del real Convento de Religiosas de la Villa de San Miguel, Comisario y Tesorero subdelegado de la Santa Cruzada, Cura beneficiado, Vicario incápite y Juez eclesiástico de la referida Villa. Concluida la vigilia y Misa subió al púlpito el orador y pronunció el siguiente:

—(o)—  
**ELOGIO FUNEBRE,**  
 —o—

*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet, et aedificabo ei domum, ... et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus. ¿Ubi est mors victoria tua?*

Yo me eligeré un sacerdote fiel y segun mi coraáon, y le edificaré Iglesia para que esté delante de mi Hijo Jesucristo, todos los dias de su vida. ¿Cuál, pues, ¡oh muerte! es tu victoria?

Son palabras del lib. I. de los Reyes al cap. 2. Epístola 1.<sup>a</sup> de San Pablo á los de Corinto, cap. 15.

¿Y qué, señores, vendré á este sagrado puesto á mofarme de la muerte, á hacer escarnio de su poco poder, y á preguntarle con una especie de desafío cuál es la victoria que ha conseguido? *Ubi est mors victoria tua?* ¡Ah! esta cruel é inexorable muerte ha señalado demasíadamente su poder. ¿Qué cosa mas terrible que el funesto golpe que el Viernes 22 del pasado descargó su brazo, ejecutor fiel de las ordenes de un Dios, que castiga la tierra quitando de ella los justos que la edifican? El aparato

fúnebre de este templo, los cantos lúgubres con que resuenan estas bóvedas, los suspiros y lágrimas que aun inadvertidamente se escapan al dolor; todo nos anuncia un triste recuerdo, todo nos denota, que ya no vive aquel eclesiástico enteramente dedicado á Dios, aquel ejemplar sensible de la devoción de la humanidad, de la paciencia, de la mortificación, de la caridad y desprecio de sí mismo: aquel espíritu libre de las preocupaciones del mundo, pero oculto entre las acciones mas ordinarias: aquel ministro celoso é infatigable, y por decirlo en breve, el Padre D. Luis Felipe Neri de Alfaro, Bachiller en Sagrada Teología, Misionero apostólico, Comisario general del Santo Oficio, Patron y Fundador de este Santuario.

Si, ya se acabó, ya no vive, murió ya, estos santos altares que, tantas veces lo vieron á sus piés rociándolos de lágrimas y de los que apenas podia apartarse, en vano piden ahora que los consuele con su presencia. Este Santuario que él edificó á su Nazareno amante: este templo que se gloriará siempre de haber tenido tal patron, tal fundador, parece que aun no quiere consentir en que lo ha perdido. Sí, ya no vive, se acabó ya.

Al oír esto, la piedad y la religión es cubren de un velo y derraman un torrente de lágrimas, inconsolables como Raquel, lloran no solo un hijo, sino la pérdida de su más rico y representable ornamento. Los pobres, entregados al dolor, prorrumphen en lamentables gritos, y se quejan al cielo por haberles quitado á su Padre: los que tantas veces recibieron alivio y consuelo en las aficciones del espíritu, caidos ahora de ánimo, no se atreven á interrumpir con sus gemidos este silencio: unos medios suspiros son el único elogio que su dolor profundo les permite. Sí, ya murió, ya no existe aquel héroe de la devoción y de la piedad. ¡Oh muerte, muerte! Si mides tus trofeos por la importancia de las víctimas que sacrificas, pocas veces has triunfado con tanto brillo y esplendor; pocas veces has vencido con mayores ventajas. Nos arrebataste de entre las manos á nuestro Padre: cortaste atrevida aquella flor hermosa que difundía por todas partes el suave olor de sus virtudes.

Mas ¡qué me quejo de tí, oh muerte! Dios y Señor, Tú solo fuiste quien hizo desaparecer este astro brillante, este dulce fruto de santidad, cortándolo en la sazón de sus virtudes. ¿Acaso nos lo llevaste, porque despues de tantas acciones dignas de la inmortalidad, ya no tenia Luis nada que hacer en esta vida miserable? ¿O acaso lo hiciste desaparecer de nuestra compañía en castigo de nuestros desórdenes, privándonos así de las oraciones de este justo? ¡Ah señores, yo no puedo entrar en la altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios: sus juicios son incomprensibles, y sus caminos no se pueden averiguar: (1) pero si digo, que como de las vastas llanuras se elevan aquellos vapores gruesos de que se engendra el rayo,

(1) *O altitudo divinitiarum sapientiae Dei: quám incomprehensibilia sunt judicia ejus. Ad Rom. 11. 33.*

que cae despreciosamente sobre las altas torres, así del corazón de los pueblos salen y se elevan las iniquidades, cuyos castigos descarga muchas veces el Señor sobre aquellas torres de virtud que defendían antes al pueblo. Sea lo que fuere: lo cierto es, que ya no vive aquel sacerdote fiel, que Dios se había elegido para que obrara según su corazón, y á quien edificó Iglesia para que estuviese siempre con su Hijo Jesús Nazareno: *Suscitábo mihi sacerdotem fidelem, qui iurá cor meum: et animam meam faciet, edificádo ei domum: et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus.*

Tal fué, señores, el piadoso sacerdote, cuyo elogio fúnebre vais ahora á escuchar. Fué un ministro de Jesucristo, que muriendo á sus apetitos, vivía solo de hacer la voluntad del Señor: venerable en sus acciones, uniforme y reglado en su conducta, fervoroso en su continua oración, humilde, mortificado, compasivo; discreto en sus silencio, útil en sus conversaciones, siempre atento á cumplir con las obligaciones de su sublime dignidad. Fué un sacerdote, con quien, como con otro Aarón hizo Dios alianza de vida y de paz dándole su temor, para que no se acercase á sus altares sin ser lleno de respeto y reverencia: en cuya boca estuvo la ley de la verdad, no encontrándose en sus labios la malicia: caminó con Dios en paz y justicia y apartó á las almas del camino de la perdición. (1.) Fué por decirlo en breve, **UN SACERDOTE FIEL Y SEGUN EL CORAZON DE DIOS.** Ved ahí todo el asunto.

Purísima María, cuyo dulce nombre y alabanzas resonaron siempre en los labios de este ejemplar ministro: obtenedme, Señora, las luces del Espíritu, para decir algo en elogio de las virtudes de tu devoto Capellan, pues á este fin te saludamos ahora llena de gracia — **AVE MARIA.**

I.—En la nobilísima imperial México, Metrópoli de esta Septentrional América á 25 de Agosto de 1709, nació para gloria de Dios y ornamento del estado eclesiástico, D. Luis Felipe Neri de Alfaro. Fueron sus padres D. Estéban Valero de Alfaro, y Doña María Velázquez de Castilla: personas de tan distinguida nobleza, que si yo me pusiera de intento á celebrarla, veríais un árbol genealógico lleno de ilustres ramas y sazonados frutos, que ocuparon un lugar muy distinguido en los puestos y empleos mas honoríficos; pero lejos de este sagrado lugar esas profanas grandezas, que tanto aborreció en vida nuestro Luis.

II.—Fueron, pues, sus padres distinguidos por su piedad, por su religión, por la inocencia de sus costumbres y por su celo en la educación

(1) *Factum meum fuit cum eo vitae et pacis: et dedi ei timorem, et timuit me, et á facie nominis mei pavebat. Lex veritatis fuit in ore ejus et iniquitas non est inventa in labiis ejus: in pace; et in aequitate et ambulavit mecum et multus avertit ab iniquitate.* Malach. 2. 5. 6.

de sus hijos y en el gobierno de su familia. Su piadosa madre procuró inspirarle desde sus tiernos años el temor santo de Dios y aborrecimiento al pecado. Luis era el que todos los dias leía á su madre varios libros espirituales y los puntos para la oración mental; y esta piadosa señora comenzó desde muy luego á grabar en su corazón tierno, la dolorosa memoria de la pasión de Jesucristo nuestro Redentor, para cuyo fin hacía Luis cada año dos veces los desagravios: y aunque en lo exterior por no hacerse notable, vestía con la decencia correspondiente, pero ya desde niño amaba tanto la mortificación, que se ponía una camisa tosca de arpillera, y sobre ella la de lino. Pasada la niñez y entrando á la juventud, lo destinaron sus padres al Real y Pontificio Seminario á estudiar Filosofía y Teología; y aquí señores, aquí, pido toda vuestra atención.

III.—Es la juventud, (bien lo sabeis), es la juventud aquella edad en que la razon cautiva no se deja gobernar sino por unos falsos brillos, que tienen mas de tinieblas que de luz: es la estacion de los placeres y de las diversiones; pero Luis hizo de ella el tiempo de los ejercicios mas útiles. Su espíritu cultivado con la lectura de los libros místicos, bebía en ellos desde entonces aquella riqueza de palabras y sentimientos, que hicieron despues sus conversaciones tan agradables y tan sólidas. No penseis que cogía entre sus manos aquellos libros llenos de veneno como son los de novelas y comedias, peste de la incauta juventud, que extravían la imaginacion al paso que la divierten, y que no llenan el vacío que Lallaron en el alma, sino introduciendo peligros que desaprueba la razon. ¡Ah nosotros lo vemos frecuentemente. En la juventud por medio de los malos libros, comienza uno á ser del mundo para dejar de ser de Dios: esta es la edad en que todo lo que atrae es peligroso, todo lo que lisonjea es engaño, todo lo que domina parece tiranía, y todo lo que es sujecion se mira como la mas penosa esclavitud. Esta es la edad en que como embriagada el alma, se deja trasportar á todas partes del fiero impetu de las pasiones, que comienzan á ejercer un despótico gobierno.

IV.—Estos monstruos fieros: estos enemigos tanto mas terribles cuanto son mas domésticos, y que hacen por decirlo así parte del hombre mismo, bramán furiosos en medio del corazón de un jóven y hacen mil esfuerzos para recobrar el imperio, de que la religion los ha despojado. A cada instante acometen su inocencia y hacen temblar su virtud: ¿Qué muralla podrá poner á cubierto el corazón tierno de un jóven contra tan terribles asaltos? Religion santa, á ti te toca defender tu conquista: á ti te pertenece domar y encarcelar estos monstruos, que procuran desalojarle del alma de Luis.

V.—Así fué, Señor Omnipotente, tú que desde mucho antes habias dispuesto la grande alma del jóven Alfaro por las semillas de las virtudes que sembraste en ella: semillas preciosas, que debían fructificar despues, tanto, como era necesario para formar un sacerdote según tu corazón. En medio de los deleites, tú lo convenciste, que ellos emponzoñan el co-

razon sin dejarlo satisfecho; que el hombre es muy grande, su objeto muy noble, su destino muy alto, sus esperanzas muy sublimes para limitar su felicidad á unos gustos que tanto envilecen. Con esto os he dicho señores, cuál fué la juventud de Luis, ocupado en las tareas de su estudio, en que hizo no pocos progresos, y santificada con la continua lectura de los libros espirituales. En una palabra; concebid un jóven bien criado, civil, humilde con sus superiores, dócil y afable con sus iguales, segregado de la compañía de los malos, enemigo de la simulación y la mentira, compasivo con los afligidos, modesto en sus palabras, alimentándose frecuente *del pan de los ángeles y del vino que engendra vírgenes*: (1) concebid, digo, un jóven á quien adornen estas y otras amables prendas, y tendreis el retrato fiel del jóven D. Luis Felipe Neri de Alfaro.

VI.—¿Cuál sería el respeto y obediencia que tuvo á sus padres, cuando muchos años despues de sacerdote, ya en su vejez, habiendo mandado retratarlos en el camarín de la capilla que fabricó é Nuestra Señora del Rosario, jamás entraba ó salía de dicho camarín sin hincarse primero, descubrirse la cabeza y bañado en lágrimas, besarle la mano? ¿Qué pocos ejemplos tan ilustres de ternura y respeto á los padres nos suministra el siglo en que vivimos y los hijos que observamos en nuestros dias.

VII.—En el año de 1729, á los 20 de su edad, recibió Luis el grado de Bachiller en Sagrada Teología, que le confirió el Dr. y Maestro D. Bartolomé de Ita y Parra, y cuando todos concebían las mas lisonjeras esperanzas de que haría en el mundo una brillante fortuna por la carrera de las letras, colocándose en alguna honrosa dignidad, como se lo sugerían sus parientes, Dios, por otra parte, ilustraba el corazon del Bachiller Alfaro para que diese de mano á todas estas frívolas esperanzas y se retirase del bullicio del mundo á servirle en el estado eclesiástico. Al favor de la luz celestial y de las gracias interiores que recibía, veía desaparecer como relámpagos aquellas grandezas que nosotros mismos nos fabricamos en nuestra desarreglada fantasía; veía resolverse en humo esta *figura del mundo que pasa* (2), esta afición é hipocresía universal del siglo, en donde el vicio se hace honrar como virtud y la virtud parece despreciable como el vicio. Veía la vanidad de los pensamientos de los hombres, la extravagancia de los deleites, la locura de la sabiduría mundana, la instabilidad de los honores, lo caduco y deleznable de las grandezas y dignidades: y entrando despues dentro sí, comparaba todo esto con la inmovilidad de Dios, con la santidad de sus operaciones con la eternidad de su duración, con Jesucristo en el Calvario, generoso despreciador de todas las honras y grandezas. ¡Qué mucho que el mundo le pareciese muy pequeño, muy digno de desprecio, y sola la virtud digna de apreciarse y seguirse!

(1) *Panem angelorum manducabit homo, Ps. 77 y 24. Vinum germinans Virgines. Zachar, 9 y 17.*

(2) *Præterit enim figura hujus mundi, 1 Ad Cor. 7 y 31.*

VIII.—En efecto, como éste y otros muchos nobles desengaños se presentaban de tropel y á cada paso al despejado entendimiento de nuestro Bachiller, determinó salir de su patria México, y buscar seguro asilo en la Venerable y muy Ilustre Congregación del Oratorio, en la Villa de San Miguel el Grande. A poco tiempo de su arribo le deparó Dios una ocasión muy oportuna de mostrar su humildad y edificar á todos con su ejemplo; porque habiendo ido un Juéves de cuaresma, con nuestros padres á la Iglesia Parroquial de la Villa, á oír la explicación de la doctrina; el P. D. Martin Zamudio, presbítero de dicho Oratorio y hombre de grande espíritu, queriendo probar el de nuestro pretendiente D. Luis, le dijo en voz alta en presencia de todo el numeroso concurso: “V. dice, que quiere servir á Dios y salvar su alma, y para ese fin pretende ser admitido en la Congregación; veremos, pues, si sabe la doctrina cristiana: diga tal declaración.” Al oír esto el jóven Alfaro, que estaba vestido de rica tela, se paró prontamente y cruzando los brazos, comenzó en voz alta á decir la declaración que se le habia preguntado: el P. D. Martin, que vió tan pronta obediencia, quiso seguir ejercitando la humildad del jóven, y así habiendo concluido la declaración, tomando una estampita de las mismas que llevaba prevenidas para los niños de la escuela, levantó la voz y le dijo: “lo ha hecho Ud. muy bien, merece el premio, vaya esa estampita.” Por medio de la gente, subió el humilde Bachiller teólogo hasta el presbítero, é hincado de rodillas, besó la mano al padre, tomó su estampita y se retiró á su asiento, dejando edificado al numeroso pueblo. Bien sabia Luis que era necesario *hacerse como los niños para entrar en el reino del cielo* (1). ¿Qué sería, señores, este sol cuando llegó á su zenit, si ahora en su oriente lo admiramos tan lleno de fuego y de luz?

IX.—Logró por último lo que tanto deseaba, y en el año de 1730, á 26 de Mayo, consagrado á la festividad de nuestro glorioso Padre San Felipe Neri, á quien procuró imitar, fué recibido en nuestra Congregación del Oratorio, la que se gloriará siempre de haber tenido tal hijo y á quien Luis amó tanto hasta el fin de su vida, que la llamaba “mi madre, mi amada y Venerable Congregación” Aquí fué donde conociéndose llamado de Dios con más fuertes impulsos á la sublime dignidad del sacerdocio, comenzó á prepararse para este ministerio, que comprende una multitud de obligaciones esenciales y muy difíciles de cumplir bien. Conocía que á más de las virtudes, era necesaria la ciencia, porque un eclesiástico ignorante hace mucho daño á la Iglesia y á sí mismo, y por eso dice el IV concilio de Toledo, que los sacerdotes deben evitar por todos modos la ignorancia, que es madre fecunda de todos los errores, (2). A este fin, sin

(1) *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cælorum. Mat, 18, y 3.*

(2) *Ignorantia mater cunctorum errorum, maxime in Sacerdotibus Dei vitanda est, Conc. Tol. IV.*

embargo de hallarse muy bien instruido en la ciencia de los santos con la continua lección de los escritores ascéticos y estar bien impuesto en la Teología Escolástica, conociendo que Dios lo llamaba para dirigir las conciencias, se entregó al estudio de la Teología moral con tanto más empeño, que de su propio puño formó un bello extracto de la voluminosa obra de los *Salmantinos*, de manera que nunca se iba á la cama hasta no dejar escrito todo lo que en el día estudiaba en esta obra moral; despues de ella, estudió otros muchos libros de ésta difícil y necesarísima Teología, conservando despues de muchos años las especies con tal felicidad, que daba gusto oírle responder una consulta por difícil que fuese, citando fielmente los autores. Este estudio lo apreciaba tanto, que halló en varios apuntes de su puño, que por fortuna se libraron de la desgracia, que padecieron otros muchos; hallo, digo, que todos los dias tenia destinada una buena parte solo para la moral. Este continuo estudio, la práctica en el tribunal de la penitencia y las virtudes correspondientes, formaron en Luis (como despues veremos), un maestro de espíritu no como quiera sábio, sino consumado en el arte de las artes, cual es el gobierno de las conciencias.

X.—Ordenado ya de sacerdote y habiendo trabajado mucho en beneficio de las almas y en su propia santificación, edificando con sus ejemplos y virtudes á la Villa de San Miguel el Grande; se retiró de ella para venirse á establecer á este Santuario, que habia edificado desde sus comienzos, consagrándolo á honor y culto de esta bellísima Imágen de JESUS NAZARENO, que colocó en él á 20 de Julio de 1748. Y aquí, señores, aquí es donde se halla tan confuso mi corto ingenio para haceros ver quien fué el P. DON LUIS FELIPE NERI, que no halla por donde dar principio á elogiar sus virtudes; pues fueron tantas, y las ejerció con tanta perfección, que de cada una podria hablaros dias enteros. El mejor partido que pueda tomar para daros tal cual idea de este ejemplar varón, es decirlos, aunque sea poco de algunas de las principales virtudes en que sobresalió; bien advertidos, que nada diré que no me conste, ó por apuntes de propio puño de este fiel ministro del Altísimo, ó por deposición de personas muy circunstanciadas, ó por propio conocimiento que adquirí con su familiar trato, ó por la dirección de su conciencia que me confió en éstos últimos tiempos. No ignoro el respeto que se debe á ésta cátedra de verdad, ni necesito fingir ó exagerar los hechos, cuando hay tantos y ciertos, que los más dejó sepultados en silencio, por no molestar vuestra atención con lo demasiado largo de este *Elogio Fúnebre*. No faltarán plumas mas bien cortadas, que den á luz las ilustres memorias de este siervo de Dios para edificación del clero secular, y para estímulo de la devoción y singular aprovechamiento de las almas.

XI.—Si os representase á Luis ardiendo en llamas del amor divino, sin tener otra mira en todas sus operaciones, que el amor de Dios y de sus prójimos, no podreis menos que quedar convencidos de que él era un SA-

CERDOTE FIEL Y SEGUN EL CORAZÓN DE DIOS. Tal es la excelencia del santo amor.

XII.—El Soberano dueño del universo, encuentra toda su felicidad en amarse á sí mismo; pero sin embargo, quiere ser amado de sus criaturas. Los ángeles lo aman, todos estos bienaventurados espíritus no tienen otra ocupación que amarlo. Los serafines que son los mas inmediatos á su trono, arden en sus llamas: *ardent igneo Deo*; pero no le basta esto; es preciso que la tierra tenga parte en la felicidad del cielo. Quiere Dios que lo amemos, y no solo nos lo manda, si no que nos amenaza con su indignación y con una grandísima miseria si no lo amamos. ¡Ay qué mayor miseria que no amarlo? Exclama San Agustín. (1).

XIII.—La medida del amor que tenia Luis, era la misma que dice San Bernardo hemos de temer para amar á Dios, y es amarlo sin medida; *Modus diligendi Deum, est eum diligeri sine modo* (2). Luis lo amaba con todo su corazón, consagrándole todos sus afectos y no dividiéndolo jamás entre Dios y las criaturas. Aunque estas tuviesen los mayores atractivos, no las amaba sino en Dios. Sabia muy bien cuanto desagradaba al Señor una división tan injusta, que es la causa de la ruina de tantas almas: *Divisum est cor eorum, nunc interibunt* (3).

XIV.—Lo amaba con toda su alma, dirigiendo á él todos los movimientos y acciones de su vida y no haciendo cosa alguna sino por su gloria. *Nada haré* (dice en uno de sus apuntes), *que no sea á la mayor honra y gloria de Dios, y éste* (decia frecuentemente), *éste ha de ser el fin de todos nuestros pensamientos, palabras y obras; la mayor gloria de Dios, el bien espiritual y corporal de los prójimos y alivio de las benditas ánimas*. Repetia muchas veces en el dia á Dios esta protesta, de que nada queria hacer que no fuese con los fines dichos.

XV.—Amaba á Dios con toda su voluntad y con todas sus fuerzas porque Dios era el objeto de todos sus pensamientos, porque lo preferia á todo, estando dispuesto á perder la honra y la vida por no ofenderlo. Demostraba los incendios del amor divino en que se abrasaba su alma en el fervor de sus palabras. Cuando hablaba de la misericordia de Dios, de su bondad, de su providencia ó de otras divinas perfecciones, se le encendia el rostro, se inundaba de gozo, y no acertaba á dejar tan suave y provechosa conversación. Todas las criaturas suministraban pábulo á este sagrado incendio: la hermosura de las flores, la amenidad de los campos, el suave murmurio de las aguas, el dulce canto de las aves, el esplendor de las estrellas, le eran eficaz motivo para prorrumper en alabanzas de su Creador. Gastaba cuarenta dias enteros apartado de todo humano comercio

(1.) *Quid tibi sunt ipse ut amari te jubeas á me et nisi faciam irascaris mihi, et mineris ingentes miseriae? Parva ne ista est miseria, si non amem te? Lib. 1. Conf. cap. b.*

(2.) *Tract. de dilig. Deo cap. 1.* (3.) *Ossé 20 y 2.*

en uno de esos seis camarines, solo para pedirle á Dios su amor y recibir el Espíritu Sauto en el dia de Pentecostés

XVI.—Mas ¿qué tengo que deciros de su amor á Dios, cuando bien sabéis que no tenia otra cosa en el corazón y en los labios, que el amor de Jesucristo, Dios y hombre, y que estaba grabada en su pecho la pasión de Jesus? Bien podia decir con San Pablo *que nada queria saber sino á Jesucristo crucificado* (1).

XVII.—Estaba el mismo San Pablo tan convencido de que absolutamente no hay salvación para los que no aman á Jesus, que creyó deber excomulgar á todos los que no lo aman y escribir de su propio puño su condenación como lo hace al fin de su primera carta á los de Corinto. *Si alguno no ama á Nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado, Maran Atha* (2): esto es como explica San Gerónimo (3), *sea juzgado por Nuestro Señor*; y San Juan nos dice: *que quien no ama al Nazareno ya está muerto* (4).

XVIII.—Pero ¿quién podrá declararos plenamente cuál era el amor de Luis á Jesucristo? Desde su mocedad era tanto el fuego de este incendio, que no se apartaba un punto de su alma la memoria de Jesús. El mismo dice en uno de sus apuntes, que lo soñaba repetidas veces caminando al calvario con inmensas fatigas. O comiera ó bebiera, todo lo hacia en nombre de Jesucristo, segun el consejo del Apostol (5). No podía jamás hablar de su Pasión, sin bañarse en lágrimas. No meditaba sino su ignominiosa muerte; no hablaba sino de sus penas y no ardía su corazón en otras llamas que en las de su Nazareno. Pero ¿qué me canso? Abrid los ojos, registrad este Santuario que fabricó la devoción de Luis; ved todos sus altares, sus paredes, sus bóvedas; entrad al estrecho aposento de su patrón y fundador: decidme ¿qué encontráis? A cualquiera parte de estas que volvais los ojos, vereis pintada ó escrita la Pasión de Jesús. Registrad en esta capilla del Calvario, abreviado cielo y último esfuerzo de su amor. ¿Qué decis? ¿Qué encontráis? ¡Ah! Todo os anuncia el triste recuerdo de la muerte y Pasión del Salvador, que aun estando tan frecuentemente grabada en el alma del devotísimo Alfaro, no podia contenerse dentro de ella y queria estenderse á cuanto miraba, á cuanto tocaba, y á cuanto le pertenecia! La belleza y hermosura de este Santuario, á quien Dios ha llenado de sus bendiciones, el esquisito adorno de estas capillas, y en una palabra, cuanto veis, cuanto admirais; todo, todo es efecto, del

(1) *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. 1. ad Corint. 2, 2.*

(2) *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, anathema sit. Maran Atha. 1, ad Corint. 16 22.*

(3) *S. Hier.*

(4) *Qui non diligit manet in morte. 1, Joann, 3, 14.*

(5) *Omne quodcumque facitis in verbum aut in opere, omnia in nomine Domine Jesum Christi. Ad Coloss. 3, 17.*

encendido amor que tuvo Luis á su Nazareno Jesús, al único centro de sus deseos á quien repetia muchas veces:

No quiero otro amor, jamás,  
Entre cuanto tiene ser,  
Tú solo eres, y nomas,  
Todo mi amor y querer.

Es Jesús todo mi amor,  
Porque es Jesús, mi querer,  
Sin Jesús no quiero estar,  
Con Jesús quiero vivir,  
Con Jesús quiero espirar.

*Y otras veces:*

No se le oia otra cosa con mas frecuencia, que estas dulcísimas palabras: "Viva Jesús, viva Jesús."

XIX. Pero pasemos de todo esto, que tal vez parecerán puras exterioridades á aquellos *hombres animales*, como los llama San Pablo, *que no perciben lo que es espíritu de Dios*; (1) pasemos, digo, y reconozcamos los quilates del oro finísimo del amor de Luis á Jesucristo Señor Nuestro, por la piedra de toque de las virtudes, que es la que nunca puede engañar.

XX.—El amor de Jesucristo es tan vasto, que segun el dicho de S. Agustín incluye todas las virtudes. Porque ¿qué otra cosa es, por ejemplo la *fortaleza*, sino un amor que todo la sufre por Cristo? ¿qué la *templanza*, sino un amor que se priva por Cristo, de los placeres? ¿qué es la *prudencia*, sino un amor ilustrado que escoje lo que mas seguramente conduce á Jesús? En una palabra: quien ama á Jesucristo tiene todas las virtudes y quien las tiene, ama seguramente á Jesucristo. Ahora, pues, los frutos del sagrado árbol de la Cruz son la mortificación, la humildad, la pobreza, la abnegación de sí mismo, el celo de la gloria de Dios, la fé viva, la misericordia con los afligidos, y la corona de todas las virtudes que es la final perseverancia. Todo esto es la segura piedra en que hemos de tocar brevemente el finísimo oro del amor que tenia Luis al Nazareno. Prevenid ya las admiraciones y las alabanzas á Dios, que adornó tanto el alma de su siervo.

XXI.—Los que aman á Cristo, *los que pertenecen á Cristo*, dice S. Pablo *son aquellos que crucificaron su carne con todos los vicios y concupiscencias* (2). Las personas austeras y mortificadas que se niegan los placeres del cuerpo y las delicias de la vida, pasan por enemigos de su cuerpo, pero ellas son las que deveras lo aman. Ama el cuerpo, como debe, aquel que se empeña en sanarlo de sus enfermedades, en extinguir en él las semillas de la muerte. *Quando vitis ejus resititur vis caro amatur*, dice el P. S. Agustín (3). Esto es lo que hacia el penitente Luis. Todo lo que practicaba en su cuerpo, es el remedio que nos mandó practicar Jesucristo, el mejor de todos los médicos. Este gobierno aunque duro en la apariencia es necesario á los que, como Luis, aman deveras la cruz del Redentor.

(1) *Animalis autem homo non percipit ea, quae sunt Spiritus Dei. 1, ad Corinth. 2, 14.*

(2) *Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitis et concupiscentiis. Ad Galat, 5, 24.* (3) *Lib. de Contin, c. 8.*

XXII.—En los apuntes que hizo desde el año de 41; dice: *quitaré el colchón y delicadeza de cama, y no se me pasará día sin alguna mortificación en el comer y beber.* En efecto, no usó por muchos años sino de una zalea y dos frazadas bien ligeras. Su comida fué siempre tan escasa, que apenas podia entretener el hambre: Cuando le gustaba algun manjar, lo dejaba luego ó le mezclaba al descuido un poco de acibar que siempre traía en la bolsa. Los cilicios que cargó toda su vida eran tantos que apenas le dejaban libres las coyunturas del cuerpo.

¿Cuántas veces en estos últimos años que tenía yo la fortuna de ayudarle á vestir los paramentos sagrados para celebrar el tremendo sacrificio, no podia meterle las mangas del alba por estar todo el brazo amarrado! Los viernes, señores, (aquí debeis asombraros) los viernes que pasaba comiendo pan de lágrimas, se vestía un jubon que solo verlo pone horror: este le cojía toda la espalda, todo el pecho y la caja del cuerpo, con unas puntas tan penetrantes, que aun los dedos se lastimaban al tocarlo, y yo podré enseñároslo siempre que queráis dar gracias al Altísimo. Los viernes santos en que la Iglesia Nuestra Madre nos pone á la vista la lamentable catástrofe de la muerte de nuestro amabilísimo Redentor Jesús Nazareno, á más del pan de lágrimas, y un poco de ceniza, que era su alimento, á más del jubon dicho, se ponía en los piés unas plantillas de hoja de lata tan ásperas que parecia imposible diése un paso: en las rodillas se ponía unos láminas cóncavas del mismo artificio y crucificaba de tal modo su cuerpo que apenas hallareis en él parte sana. En todos los días de *ejercicios y retiro* se armaba del jubon, como buen soldado de Cristo, y duplicaba sus penitencias: y todo esto lo hacia, señores, con tal disimulo, dándole al cuerpo todos sus naturales movimientos á espensas de inmensos dolores que sufría, que no diriais ni pensariais que pudiese estar atormentado, ni aun de la mas ligera incomodidad. Vosotros habitantes de la Villa de San Miguel, vosotros fuisteis testigos de la penitencia pública de Luis en los Viernes santos, en aquella devotísima procesión, que dispuso su ardiente celo y amor á su *Nazareno Jesús*: lo visteis con una soga al cuello, con una corona de penetrantes espinas, que se le introducían por la frente y bañaban su rostro de sangre, cargando un pesado madero, dar con él las tres caídas en memoria de las que por nosotros dió Jesús en la calle de la Amargura, y para esto pagaba un hombre robusto, que sin piedad le estirara de los piés, para dar de este modo un fuerte golpe en tierra, con que se le hincaban mas las espinas de la corona. Esto era lo que veiais ¿no es verdad? Pero no mirabais la armadura interior que atormentaba todo el cuerpo no veiais aquellas plantillas, no veiais finalmente al varon de dolores sino por el exterior. Era tanto lo que padecía el cuerpo y el espíritu de Luis en esta dolorosa procesión, que explicándose muchos años despues con una alma, que le mereció mucha confianza, la dijo: que en ese día moría tres veces al dar las caídas, segun eran los dolores del cuerpo y las penas que sentía el alma al contemplar caído á su Jesús.

XXIII.—Desde el año de 41 (segun hallo en sus apuntes), nunca decia misa sin armarse el pecho con una cruz grande y llena de agudas puntas. Bien sabia lo que dijo San Basilio: *Es necesario para llegar á recibir el cuerpo y sangre de Cristo, en memoria de Aquel que murió y resucitó por nosotros, es necesario, no solo estar puro de toda mancha de carne y espíritu, sino tambien mostrar con evidencia la memoria de Aquel, que por nosotros murió, teniendo el cuerpo mortificado para que viva solo con Dios en Nuestro Señor Jesucristo* (1).

XXIV.—El sueño era tan escaso, que apenas engañaba la naturaleza: todo lo mas de la noche gastaba en prepararse para morir, y celebrar otro día el incruento sacrificio. Ese esqueleto que veis al pié de esa pira, fué su compañero inseparable muchos años en la cama, y lo tuvo cerca de ella hasta la víspera de su muerte en que yo lo mandé quitar sin que pudiera advertirlo. Muchos años acostumbró levantarse á la media noche, y entrándose á este sagrado templo, despues de adorar profundamente á su Jesús Sacramentado, se metía debajo de ese altar, donde estaba un ataúd, y acomodándose dentro de él con los ojos cerrados y el cuerpo extendido, gastaba la noche en prepararse para la muerte. Hizo esto tantos años, que se pudrieron tres ataúdes, lo que confiando á una persona á quien dirijia en el espíritu, la dijo con aquella su natural gracia y chiste: *Ya se me han podido tres chalupas.* ¡Oh sagrado altar, si pudieras ahora decirnos qué hacia, qué hablaba Luis! ¡Que desengaños de aquel espíritu desasido del mundo! ¡Que ansias por unirse á su amor crucificado! ¡Que deliquios al prepararse á recibir otro día á Jesús en el Sacramento! Así pasaba Luis las noches. ¿Qué decis, señores? Si aman deveras á Jesucristo los que crucifican la carne por su amor, ¿cómo lo amaria este santo sacerdote, que tan cruel guerra declaró á su cuerpo, y que sin desmayar la siguió hasta rendir el espíritu? Lo mas admirable en estas mortificaciones era, que no las hacia jamás por su voluntad sino por dictamen de sus sabios directores. No era Luis de aquellos que quisieran ser virtuosos con tal de hacer su gusto: no era de aquellos espíritus tenaces, que nunca se apean de sus dictámenes: Oid lo que dice en sus apuntes desde el año de 41. *No haré cosa alguna por mi propio parecer sin dictamen de mi confesor, y si se me ofreciera cosa precisa y no pudiera consultarlo, haré lo que me mandare otro señor sacerdote.*

XXV.—Pero no solo quiso conformarse á Jesucristo paciente con las mortificaciones que os he referido, sino que á mas de ellas quiso Dios que gustase el cáliz de sus escogidos, enviándole gravísimos dolores, que le

(1) *Oportet accedentem ad corpus, et sanguinem Christi in commemoracionem ipsius qui pro nobis mortuus est, et resurrexit; non solum purum esse ab omni inquinamento carnis, et, spiritus, ut ne in iudicio edat, et bibat; sed etiam evidentér ostendere memoriam ejus, qui pro nobis mortuus est et resurrexit, imo quód mortificatus est peccato et mundo, et sibi ipsi; vivat autem Deo in Christo Jesu Domino nostro. Lib 1. de Bap, cap. 3.*

duraron por muchos años. Eran estos tales y tan graves, que me dijo muchas veces en confianza, que parecia le aserraban las costillas. Al tomar su escaso alimento, que por lo comun era un huevo, ó algunas legumbres, se le atoraba el bocado sin poder bajar al fondo del estómago, y volvía á subirle hasta la boca sintiendo en ésto tan cruel martirio, que me llegó á decir, que era inexplicable su dolor y que solo un demonio, á quien Dios hubiese permitido atormentarlo, podría causarle tan extraordinarias penas, que le parecian del infierno. En efecto le ví en varias ocasiones casi ahogado con la congoja, demudársele el semblante, y esperando por instantes la muerte. Las noches enteras se pasaba en una cama de dolores, sin gustar muchas veces ni aun por media hora las suaves delicias del sueño: y sin embargo al otro día se levantaba, y seguía todas sus largas y devotísimas distribuciones sin perdonar nada.

XXVI.—Mas ¿cuál era, señores, el gozo de Luis, en padecer estos tormentos, que lo hacian tan semejante al modelo de los predestinados, Cristo Jesús? Se llenaba su rostro de alegría en medio de sus mayores dolores, y rebozando de júbilo exclamaba:

Dios es la suma bondad  
Y sabe lo que conviene,  
Y pues Dios así me tiene,  
Que se haga su voluntad

Mi voluntad es la tuya,  
O véngame mal ó bien;  
Todo mi querer se incluya  
En tu voluntad. Amén.

Otras veces decía á su Nazareno:

Cuando eran fuertes los dolores que apenas podía hablar, solo decía: *recibe, une y reparte.* Y preguntado despues qué daba á entender en eso, respondia: *digo á mi Jesús: recibe estas penas y dolores, únelos con los que por mí padeciste, y repártelos á las benaíitas ánimas.*

XXVII.—En las varias desgracias de pérdida de bienes temporales, y principalmente en no pocas persecuciones que padecio su virtud y que permitió Dios para prueba de su espíritu, observaba siempre una paz y serenidad inalterables. Ciertos émulos le levantaron una atroz calumnia y escribieron una carta con firma falsa á una persona de carácter. Pone Luis esto entre sus últimos apuntes y añade estas palabras: *Dios nuestro Señor premie á estos pobrecitos con darles auxilios eficaces para que vengan á los ejercicios.* Nunca se olvidaba de pedir por sus enemigos y todos los días decía á Dios. *A mis émulos y perseguidores dales lo mismo que para mí en lo espiritual y temporal, te pido y suplico.* Reconoceis ya señores, al héroe de la paciencia y de la mortificación. ¿Cómo amaría á Jesucristo quien toda su vida estuvo crucificado con él? Bien sabía esta grande alma lo que dejó escrito San Agustín, *que no es esta vida el tiempo de sacar los clavos, sino por el contrario, de crucificar al hombre viejo con todas sus concupiscencias, y que para no sumergirse en el lodo del vicio, es menester no bajar jamás de la Cruz de Cristo* (1). Así lo hacía Luis, porque no ignoraba que Dios

(1) Serm. 205 de Quadrag. edit.

queria purificarlo, probarlo y coronarlo; haciéndole beber el cáliz de Jesucristo su Hijo, y conducirlo al cielo por el camino de los dolores y de las penas. Y si como dice el Gran Pontifice San Leon; *cierta y seguramente espera la bienaventuranza el que participa de la pasion del Nazareno;* (1) Luis, que como habeis oido, participó tanto de ella; Luis á quien no se le pasaba hora del día ni de la noche sin bañarse en sus lágrimas contemplando lo que en aquella hora padeció su Jesús, ¿cómo no habrá conseguido (como esperamos) aquel premio prometido á los que lloran en esta vida y á los que la pasan en el dolor y la amargura?

XXVIII.—Gustó Luis el cáliz de la pena, pero no probó menos el de la humillación y desprecio de sí mismo. Es la humildad segun el dicho de S. Bernardo, *una virtud, que provee al cristiano de ojos espirituales, y cuando le ha hecho conocer su nada, le dá un verdadero desprecio de sí mismo.* (2) Resonaban continuamente en el oido de Luis aquellas palabras del verdadero Maestro de la humildad Cristo, que decia: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón;* (3) y como procuraba ajustarse en cuanto podia á este divino original, se humillaba profundamente delante del Señor diciéndole con el profeta Rey: *Todo yo soy nada delante tí* (4). Otras veces con el mismo exclamaba: *Como un jumento estoy delante de tí, y me he de estar siempre contigo* (5). Frecuentemente con San Agustín decia: *Da quod jubes, jube quod vis, quia tu omnia facis, et ut ego cooperer tu facis.* El día que lo reconcilié para que recibiese el sagrado Viático, me decia con un mar de lágrimas: *Hermano, que habiéndose la nada sujetado á Dios, para sacar de ella tantas y tan hermosas criaturas, ¿esta nada, esta vileza del P. Alvaro, no se le haya jamás sujetado; que no haya hecho siquiera una accion digna de su servicio! por eso lloro, déjeme Ud. llorar amargamente.* ¡Oh humildad profunda de Luis! El desprecio de sí mismo era tanto que no hallaba términos con que explicar lo que concebía de su vileza; se llamaba *escuerzo, ranacuajo, gusarapo, jumento.* Si se hablaba algo del Santuario luego interrumpia diciendo: *La honra solo á Dios, solo á Dios la gloria y alabanza, yo soy un vil jumento incapaz de hacer nada bueno.* Su gusto era besar los piés á cuantos pobres podia, servirles la mesa y los viernes en tandas de Ejercicios lo hacia siempre de rodillas con soga y corona de espinas. Solo sus piés nunca se los pudieron besar en vida ni aun la mano, porque se resistía demasiado pero sin afectación. En las pláticas de Ejercicios y otras que se ofrecian en la Iglesia, si concurrían algunas personas de letras hablaba de propósito

(1) *Certa atque secura est expectatio promissae beatitudinis, ubi est participatio Dominicæ passionis. Sem. 9. de Quadrag.*

(2) *Humilitas, est virtus, qua quis verissima sua cognitione sibi ipsi vilescit. Tract. de grad. hum.*

(3) *Discite á me, quia mitis sum et humilis corde. Math. 11 29.*

(4) *Substantia mea tanquam nihilum ante te Psalm. 36 6.*

(5) *Ut jumentum factus sum apud te et ego semper tecum. Psalm. 72 23.*

mal el latin de los textos, alargando las silabas breves. ó cortando las largas, para que lo tuvieran por ignorante. En los utilísimos libritos, que dió á luz, puso de intento algunos versos mal hechos, ó por falta ó sobra de silabas, ó por defecto del metro y consonancia. En sus apuntes, dice: *no me sentaré delante de ningún señor sacerdote menos que no me lo mande.* ¡Cuántas otras humillaciones abatimientos y desprecios podría referiros, si su misma ingeniosa humildad no nos hubiese privado el conocerlas, como nos impidió saber otras dignas de la inmortalidad! Pero vosotras saldreis un día de las tinieblas humillaciones escondidas, virtudes ignoradas; vosotras saldreis de las tinieblas, y para vengaros de la injusticia que se os habrá hecho, impidiendocs tan largo tiempo comparecer, sacareis un nuevo esplendor de esta larga noche en que habeis sido sepultadas, y con un notable aumento de luz, rodeareis el trono sobre que será colocado Luis en aquel gran día dispuesto para descubrir las glorias de los hijos de Dios.

XXIX.—Quien consideraba á Cristo tan pobre que no tenia en la cruz, ni en que reclinarse la cabeza (1), ¡qué mucho que amara y practicara la pobreza evangélica! La amó Luis y la practicó. Nada tenia, porque de todo habia hecho una devota y tierna devoción á esa bellisima imágen de Jesus NAZARENO centro de sus santos amores; él era el dueño de todo. En los apuntes que hizo el año de 41, dice: que daría todos sus vestidos de limosna quedándose con el más maltratado. Así lo cumplió, y nunca se pudo conseguir que se pusiese una sotana ó turca nueva: las que usaba eran desechos de otros eclesiásticos, que le daban y las cosía él mismo con pita blanca, ó con lo primero que se le venia á las manos. Mucho antes de su muerte habia dado la poca ropa y la pobre cama y ya para morir pidió por amor de Dios que se la prestaran, como tambien la camisa, advirtiendo que si no se lo concedian, lo bajasen al suelo para morir desnudo. Su aposento, su menaje, el servicio de su mesa, y de su persona, todo respiraba la pobreza evangélica. ¿Qué os diré de su desinterés? No apreciaba el dinero sino para derramarlo en las manos de los pobres de Jesucristo, y para el culto de esa sagrada Imágen. Siendo así que la subsistencia del Santuario en lo temporal, dependia del fomento de esta labor, en muchos años jamás supo, si se sembraba, si se cogían frutos, ó si se cultivaban las tierras. No salía ni aun á ver el campo; su paseo era de su aposento á la Iglesia, y de esta á su aposento.

XXX.—Si con tanta perfección practicaba Luis las virtudes, ya se deja ver cómo cumpliria con las obligaciones propias de su estado, y de la alta dignidad de sacerdote del Dios vivo. En uno de sus apuntes dice: que así dentro de casa como fuera de ella andaria con sotana, cuello y turca, *sin cosa que desdiga* (prosigue) *á la alta dignidad que sin merecerla gozo.* Así lo cumplió exactamente. Sabia Luis muy bien el precepto que sobre esto impuso el Sagrado Concilio de Trento, (2) y no ignoraba lo que dijo Dios

(1) *Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet. Math. 3 20.*

(2) *Sess. 14 de Ref. 4. 6.*

por Sofonías: *Yo visitaré en mi indignación á todos aquellos que se hubieren puesto vestidos extraños á su profesion.* (1)

XXXI.—El rezo del Oficio Divino era para nuestro sacerdote sus mas castas delicias. Casi siempre lo rezaba hincado y nunca consintió en dispensa del Oficio sino hallándose con fuerte calentura. Si me preguntáis señores, ¿con qué devoción rezaba? os responderé en breve que observando puntualmente aquella regla de San Agustin: *Si el Psalmo ora, orad, si gime, gemid; si espera, esperad; si teme, temed.* (2)

XXXII.—Entre las principales funciones del sacerdocio, se aplicó Luis particularmente á oír las confesiones en el Sagrado Tribunal de la Penitencia. Dirigia las almas con aquella sabiduría que dispone de todas las cosas con tanta suavidad, como fuerza. A ejemplo del samaritano, derramaba vino y aceite sobre las llagas de los que encontraba heridos: las limpiaba, las cicatrizaba, por mas envejecidas é incurables que fuesen. Allí era donde con el auxilio de Aquel que tiene el corazón de todos en sus manos, sustituia corazones de carne donde los encontraba de piedra, y encendia una llama ardiente en donde era antes yelo; restituia la serenidad donde estaba todo en borrasca, no dejando de trabajar hasta que no hubiese arrancado desde las raíces del vicio, y dirigido á sus penitentes por el camino seguro del Evangelio.

XXXIII.—Confúndanse, pues, las lenguas insolentes y atrevidas de aquellos que por no apreciar la virtud, dijeron algunas veces, que era nuestro sacerdote un confesor muy ancho, queriendo acaso dar á entender que solo seguia á los *Casuistas* relajados. Pero yo queria saber de estos ¿cuándo se apartó un punto de la estrecha moral del Evangelio? No, señores, estaba Luis muy instruido en la ciencia de los santos, y en las máximas de Jesucristo, para dejarse llevar de las falsas y lisonjeras seguridades de una moral corrompida. No era Luis de aquellos falsos profetas de quienes se quejaba Dios, diciendo: *que curaban con ignominia el dolor de la hija de su pueblo, anunciando la paz cuando no habia paz* (3). No era de aquellos empiricos ignorantes, que no tienen sino un mismo remedio para curar todas las enfermedades. Recibia á los pecadores con la mayor suavidad y dulzura, se compadecia de sus miserias, como deben hacerlo todos los fieles ministros, pero sin perdonar ni relajar cosa alguna á los derechos de su Señor: les aplicaba la sangre preciosa de JESUS, pero les establecia al mismo tiempo en una resolución firme de derramar ántes la suya, que volver á abusar de su infinita bondad. Sí, señores, así era como este *Sacerdote fiel* administraba el santo Sacramento de la Penitencia, lle-

(1) *Visitabo super omnes, qui induti sunt veste peregrina. Cap. 18.*

(2) *Si orat Psalmus, orate; si gemit, gemite; si gratulatur, gaude e; si sperat, sperate; si timet, timete. In Psalm. 3.*

(3) *Et curabant contritionem filiae populi mei cum ignominia, dicentes: Pax, pax: et non erat pax. Jerem. 6. 14.*

nando Dios con tantas bendiciones sus fatigas, que lo oí decir muchas veces, que nunca se habia levantado de sus piés ningun pecador desconsolado. Comprended ahora, si podeis, á cuantos consolaria este santo ministro, pues costa en sus apuntes, que á los cuarenta años de sacerdote, llevaba oidas catorce mil confesiones generales sin las particulares, y reconciliaciones, que no tenia número. ¿Qué decis? No era este un *Sacerdote fiel segun el corazón de Dios?*

XXXIV.—Pero como nada mantiene mas á los fieles en la práctica de las virtudes, que el uso frecuente de la palabra de Dios, que deben explicarles sus ministros, de aquí es que nuestro buen sacerdote cumplia exactamente con esta obligación de su ministerio eclesiástico. Todas las noches explicaba en la Iglesia una declaración del catecismo y los Domingos del año exponia el santo Evangelio. En tandas de ejercicios y de retiro, casi todo el dia predicaba. Mas ¡con qué arte, con qué dulzura, con qué fuerza! Decidlo vosotras, almas fieles, que lograsteis tantas veces oír á Luis. Decidlo, los que habiendo venido á oírlo solo por curiosidad, os quedásteis llenos de compasión y lágrimas no pudiendo resistir la fuerza de aquellos discursos animados del espíritu de Dios. Decidlo, los que habiendo pasado antes toda vuestra vida en disoluciones y vicios, al escuchar una sola vez á Luis, quedasteis tan conmovidos, que al salir de la Iglesia, os arrojásteis á sus piés pidiéndole el remedio á vuestras dolencias. Digámoslo por último, todos los que por nuestra dicha conseguimos retirarnos bajo su dirección á las tandas de ejercicios y á los dias de retiro; despues de oír aquellas sus fervorosas y dulcísimas pláticas ¿no saliamos diciéndo recíprocamente como los discípulos del Evangelio, que *ardía nuestro corazón cuando le escuchábamos?* (1)

XXXV.—Pero lo particular de las instrucciones de nuestro Sacerdote era que se dejaba entender tanto del mas idiota é ignorante, como del mas sábio y literato. Seguia siempre aquella máxima de San Agustin. *Quiero que el que me oye, entienda lo que yo entiendo.* (2) Se acomodaba á la capacidad de su auditorio, de modo que ni era tan bajo su estilo que desdijera de la dignidad de la palabra de Dios, ni tan sublime y estudiado, que queriendo parecer sábio, se hiciese inútil á sus oyentes.

XXXVI.—Entremos ya á la primera y mas divina acción de los sacerdotes, que es consagrar el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién podrá explicar la devoción sensible, la ternura, el afecto con que Luis celebraba la Misa? No vivia sino para unirse con su Jesus; su alma habria desfallecido, si solo un dia se hubiese privado de este Divino Pan. El uso frecuente de celebrar, no hacia en él otra cosa que encender mas su devoción y su respeto; toda su ánsia era poseer al NAZARENO: el go-

(1) *Non ne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur? Luc. 24. 32.*

(2) *Totum quod intelligo, volo ut qui me audit, intelligat. Lib. de Cathed. rud. ad Deograt.*

zo al recibirlo avivaba mas los deseos, éstos encendian el gozo, y en la posesión del que amaba su alma, se cumplia en él lo que Jesucristo ha dicho de todos los que lo reciben dignamente: *Aquel que me recibe está en mí, y yo estoy en él* (1). Una alegría interior, una fé viva y religiosa llenaba su espíritu de la grandeza del Dios que ofrecia y el corazón de su santo amor. ¡Cuántas veces teniendo yo la fortuna de ayudarle la Misa, lo ví bañarse en lágrimas, desde que ponía el pié en el altar; hasta que se apartaba de él, quedarse despues de la consagración absorto y como fuera de sí; encendérsele demasiadamente el rostro llenársele de sangre las venas y rebozar el júbilo interior que sentia su alma despues de la sagrada comunión, hasta en lo exterior del semblante, en que se dejaba ver una santa alegría, acompañada de la mas religiosa modestia.

XXXVII.—¿Quién podrá decirnos cual era su devoción á Jesús Sacramentado, su respeto en el templo, aquella viva fé de que estaba penetrado su espíritu al descubrir el Tabernáculo, donde está oculto por nuestro amor. Aquel mismo Señor que padeció por nuestro remedio? “Hablo (valiéndome de las expresiones de un gran Obispo) “hablo de aquella fé que mira á los Angeles del cielo cubrirse con sus alas, y temblar las columnas del firmamento en presencia del Rey de la majestad. Hablo de aquella fé respetuosa, que se llena de un santo horror solo al entrar en el templo y que se acerca al altar, como Moisés á la sagrada zarza, como los Israelitas al monte que despide truenos y rayos: de aquella fé que experimenta todo el peso de la presencia de un Dios, que luego que descubre el Sagrario, siente un brillo de majestad que lo deslumbra y lo hace temer á JESUS soberano.” Tal era el respeto, la devoción, la fé de Luis. “¿Pero se halla este respeto, esta devoción, esta fé sobre la tierra? ¿Gran Dios! cuando aparecereis en el aire sobre una brillante nube, rodeado de relámpagos y rayos, caminando ante vuestro trono el terror y la muerte, los hombres temblarán de miedo, los impios se esconderán en las más profundas cuevas, y pedirán á los montes que caigan y se despedazen sobre sus cabezas. ¡Ah! Y ¿qué no estais en las Iglesias, no estais en esos sagrarios, como en una nube de gloria? ¿No se abren sobre vos los cielos? ¿Los espíritus celestiales no rodean ese Tabernáculo? No juzgais á los hombres sobre este tribunal misterioso? ¿No conocéis la poca fé, la irreverencia, el ningun temor de esa multitud de adoradores que llenan vuestros templos? ¿No teneis rayos en una de vuestras sagradas manos, y coronas en la otra para castigar y premiar?” Sí, Señor, sí, teneis rayos para los que profanan vuestra casa, pero para Luis no tuvisteis sino coronas. Como premiarias su respeto y su devoción, aquel ardiente celo, que animado de tu espíritu no podria consentir la menor irreverencia en tu templo, reprendiendo severamente (no obstante su natural dulzura) á aquellos profanos que quieren convertir

(1) *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo. Joann 6 56.*

los sagrados asilos de nuestra santificación en ocasiones de desreglamento y de libertad: á aquellas mujeres que llenas del espíritu del mundo quieren introducir hasta en tu Santuario la profanidad de sus trajes y de sus modas? Y cómo que premiarias Señor tanto respeto, tanta fé, tanta devoción? Y cómo que premiarias aquel afán que tenía Luis, para que los sagrarios en que habitas, estuviesen no solo decentes, sino tan ricos, que en muchas ciudades y villas, no se encontrará uno siquiera forrado todo por el interior y exterior de láminas de fina plata, cubierto de velos del cambray mas fino, y cortinas de las mas ricas telas, como están á esmero de tu siervo todos los de este Santuario, que para tu culto dedicó? Ved ahora, señores, si tuve razón para deciros desde el principio que, oirias el elogio de un *Sacerdote fiel según el corazón de Dios*. Juzgado vosotros, mientras yo, animado de vuestro silencio, y de la atención con que me escuchais, sigo elogiando á este siervo fiel, y causando á muchos mayor dolor por su pérdida, y á otros, por no haber conocido, no haber tratado, ó no haber hecho aquel aprecio que merecia este ejemplarísimo varón.

XXXVIII—No es necesario deciros la devoción que tenía Luis á la Reina de las Virgenes MARIA purísima. Quien amaba tanto al Hijo, ¿cómo no amaba á la Madre? La amaba tiernísimamente, la llamaba siempre su ama y su Señora. Gastó gran parte de su patrimonio en fabricarle en San Miguel la hermosa capilla en que colocó la Soberana Imágen de MARIA, con el título de *LA SALUD*, á quien llamaba sus primeros amores y cuyo rostro no podia mirar sin caerse desmayado y sin sentido, perseverando así muchas horas; por lo que ya después le impidieron sus confesores el que la viese. Fué su primer capellan, como lo fué tambien de la Santa Casa Lauretana. Fué á pié hasta su templo de Guadalupe á encomendarle todos sus ejercicios. No perdía ocasión de hablar siempre con lágrimas, de las excelencias y prerogativas de esta Reina Inmaculada, y de infundir su verdadera devoción á cuantos trataba y á cuantos dirigía. Nunca dejó de rezar los quince misterios del rosario. No habia plática, no habia exhortación en que no se difundiese en elogios de MARIA, y si hablaba de sus *Dolores*, era con tal compasión, con tal ternura, que sacaba el llanto de los corazones mas duros. Solemnizaba todas sus festividades con el mayor aparato y devoción: repartía crecidas limosnas en su honor, y no traía en su boca mas que *Viva Jesús, Ave Maria Purísima*. Nada os digo de la devoción que tenía á los Santos, porque falta el tiempo, aun solo para nombrar los bienaventurados, que eran el dulce objeto de sus ternuras: Entremos ya á aquel anchuroso mar de la caridad que tenía Luis con sus prójimos.

XXXIX—Quien ama á Dios, necesariamente ama á su prójimo. *Por el uno se enjendra el otro amor, y por el del prójimo se nutre y alimenta el amor de Dios*, como dice excelentemente el gran Gregorio (1) estos no son dos  
—(1) *Per amorem Dei proximi gignetur; et per amorem proximi amor Dei nutritur. Lib. 2 Moral. cap. 11.*

preceptos, sino uno solo, y la santa caridad abraza con su derecha á Dios, y con la izquierda al prójimo. *Son dos anillos; (prosigue el mismo Padre) pero es una sola cadena: dos acciones pero una virtud: dos méritos ante Dios; pero es imposible que se halle el uno sin el otro, (1)* con que habiendo visto como amaba Luis á Dios, se ya deja entender como amaba á su prójimo. Veámoslo en breve.

XL.—¿Qué es lo pide este precepto para su exacta observancia? ¿Reprimir en nosotros todo lo que pueda dañar á nuestros hermanos? Luis lo reprimió. ¿Evitar todo juicio temerario, todo movimiento de venganza, toda memoria de las injurias que se nos han hecho? Luis todo lo evitó. ¿Es necesario para amar al prójimo, no solo de palabras, sino con las obras, es necesario digo, asistir á los que se hallan oprimidos de la miseria en las cárceles, visitar á los enfermos en los hospitales, en sus casas? Luis, los asistió los visitó. ¿Pacificar las discordias, evitar pleitos? Luis fué un Angel de paz que serenó las discusiones, unió las voluntades, é impidió pleitos de grandes intereses. ¿Es necesario enseñar el camino de la virtud á los que lo ignoran? ¿A cuántos miles de almas se los enseñó Luis? ¿Derramar el dinero en manos de los pobres? Luis lo derramó. En una palabra fué Luis un iris de paz, una nube bienchora, que esparce la abundancia sobre las tierras mas estériles: fué un suave perfume, que durante el verano, exhaló hasta muy lejos su olor, y se evaporó y extinguió á fuerza de comunicarse: fué, por último un rio caudaloso que saliendo de madre y rompiendo los diques inundó las tierras mas incultas y secas. Ninguna necesidad hallaba cerrada su misericordia, y las que no podia remediar con lo temporal, las encomendaba á Dios en sus oraciones fervorosas. Por todas pedía á Dios el remedio. Aunque la dignidad del sacerdocio es real, no por eso deja el sacerdote de ser vasallo del Soberano, en cuyas manos puso Dios el cetro para el gobierno de los pueblos: por eso Luis en todas sus oraciones, y principalmente en tandas de ejercicios, destinaba un dia, solo para pedir á Dios por la importante vida de nuestro católico monarca el Sr. D. Carlos III, por la de toda su real familia, y por la felicidad de sus armas y gobierno.

XLI.—Pero si quieres saber en breve como ejercitó Luis su caridad en las necesidades espirituales de sus prójimos, preguntadlo á la *Santa escuela de San Miguel*, á las de *Guanajuato, Leon*, y otras, de todas las cuales fué el fundador y el padre. Ellas os dirán las obras de misericordia que ejerció, porque á mí me es imposible, no digo numerarlas, pero ni aun apuntarlas. Preguntadlo á *siete mil quinientos cuarenta y un hombre* que tuvieron ejercicios de ocho dias, y retiro cada mes, desde el año de 1765, hasta la muerte de este misericordiosísimo padre. Preguntadlo á otro sin número de hombres y mujeres, que en particular han tenido los ejerci-

(1) *Duo anuli, sed una catena; duae actiones, una virtus; sed duae apud Deum merita, sed unum sine alio invenire impossibile est. Ibid.*

cios con su dirección: computad, si podeis, el fruto que han producido los muchos libritos espirituales, que compuso y dió á pública luz. ¿Quién le pidió el remedio de su alma, y no lo encontró? ¿Quién se retiró á este sagrado asilo, á esta arca de salvación, á este Santuario de JESUS NAZARENO, que no saliera enmendado, consolado y dirigido por la caridad de su fundador, de aquel Phines de aquel Moisés, que reconciliba los pecadores con su Dios? ¿Y permitirás, NAZARENO, hermoso, permitirás que este Santuario dedicado á tu culto, en que viste tantas veces postrado á Luis, bañando con sus lágrimas el suelo: que este tu templo de que han salido tantos millares de almas arrepentidas de sus vicios; donde tantos han contemplado en la amargura de su espíritu tu pasión dolorosa y las eternas verdades: permitirás digo tercera vez, que quede ya en el abandono, que no se sigan aquellas distribuciones, que dejó establecidas su fundador con tanto fruto de las almas? ¡Ah! No JESÚS dulcísimo, este Santuario es obra tuya. Luis te lo dejó particularmente encomendado: él no se apoyó, ni puso su confianza en medios humanos, ni en las esperanzas de los hombres; á Ti solo te lo confió. Tú tendrás cuidado de él. Tú lo defenderás. Tú lo proveerás de ministros fieles, y segun tu corazón, que imiten el espíritu del gran Luis.

XLII—Pero no interrumpamos la sérié de la caridad de este varon de misericordias. No esperéis que os refiera las crecidas limosnas que dió en las cárceles, en los recogimientos de mugeres y otros asilos de la miseria; no el dinero que gastó en pagar los tributos en favor de los desvalidos; no las dependencias que pagó, porque salieran de la prisión muchos desdichados; no los miles de almas á quienes dió el sustento corporal: todo esto fué tanto, que no es fácil reducirlo á pocos números. Oid solamente la cuenta que por apunte muy fiel tengo formada y acabad de conocer quien era aquel que bajo un exterior nada singular, abrigaba en el pecho un fuego de amor tan encendido. El dinero que públicamente repartió á varios pobres en solo estos últimos once años de su vida, monta á ocho mil doscientos treinta y dos pesos cuatro reales. Pero no os admireis de tan crecidas limosnas en tan poco tiempo. Luis se habia aplicado personalmente aquellas palabras del Psalmo. El creía oír á Jesucristo, que le decia: *Tibi derelictus est pauper*: (1) á tí te encomiendo al pobre: yo pongo entre tus manos, yo confío á tu caridad mis desvalidos, la porción, mas noble de mi herencia. Aquellos que yo les habia dado por padres han venido á ser por la mayor parte sus tiranos: la ambición, la pompa los deleites consumen los fondos destinados á su socorro y alivio. *Tibi derelictus est pauper*. Encuentren en tí mis pobres su protector, y los huérfanos su amparo: *Orphano tu eris adjutor*.

XLIII—Pero aquí señores, queriendo yo pasar á otras cosas, se me presenta la caridad bañada en lágrimas, y abriendo un libro fiel, en que están

(1) Psalmo 9,

registradas las limosnas secretas del benéfico Luis, suspirando me dice: Ya llegó el tiempo de los descubrimientos: la muerte te dá derecho de publicar las beneficencias de mi querido hijo: Declara el número de tantas pobres doncellas, que recibieron en esta casa con el alimento y los vestidos, las ventajas de una santa educación. No pases en silencio las viudas sin defensa, amparadas y remediadas, los huérfanos recogidos, los sacerdotes á quienes vistió y socorrió. Publica la generosidad con que desembolsó un mil cuatrocientos pesos, para libertar á un afligido de la pérdida de su honor y bienes. Lee, y registra todas estas acciones heroicas de la mas ardiente caridad que ejercitó mi hijo, y de que no has hablado hasta ahora. Pero, ¿cómo, señores, cómo podré yo hacer lo que me manda esta santa virtud, siendo tan corto el tiempo? Pobres, desvalidos, mendigos, victimas de lamiseria y desnudez: compareced todos de tropel en este templo, rodead este sepulcro de vuestro bienhechor y de vuestro padre. Hablad todos, que la multitud de vuestras voces será mas elocuente que los débiles sonidos de la mia.

XLIV.—He dado cumplimiento á lo que os prometí desde el principio: habeis visto en el padre DON LUIS FELIPE NERI DE ALFARO un operario evangélico que llevó el peso del dia y del calor sin cansarse, que se reconoció como San Pablo deudor á todos y se quitó hasta lo necesario para su vida, que no creyó le fuese permitido dar á su alimento, ni á su sueño aquellos momentos que podia emplear en la conversión de los pecadores, en la instrucción de los necesitados, ó en el alivio de los necesitados. Habeis oido la vida de un varon, perfectamente mor-

andoso y devoto: animado de una fé viva, y de una caridad tan limpia, que las mas de sus acciones son pocas palabras: *Padre, porque me has servido plenamente deliberada y advertidamente, oido el elogio de un Sacerdote fiel que el Señor hizo edificarle este templo para que él sirviera á NAZARENO toda su vida: *Suscitabuntur, et animam meam faciet et aedificabitur Christo meo cunctis diebus.**

Y así vivió hasta el último momento de ella, y así antes bien aumentándolos, si es necesario la distribución tan prolija y seguida, que le causó el dolor de los gravísimos dolores, enfermedades, hasta que faltó el aliento, no podia hacer mas que decir: *¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!* ya me entiendo, si lo hubieseis visto, si lo hubieseis visto, si lo hubieseis visto, si lo hubieseis visto.



vento en que habitais y á entrar ella misma de religiosa, como lo hizo de-  
 jándoos llenas del suave olor de sus virtudes, que despues de su muerte  
 oisteis celebrar á los sagrados oradores. ¡Llorad, pobres de Jesucristo, pues  
 perdisteis á vuestro padre, vuestro consuelo y vuestro amparo! ¡Benditas  
 ánimas, que encerradas con indecibles penas en la carcel del purgatorio,  
 esperais las oraciones y sufragios para vuestro alivio, lamentad la pérdi-  
 da de aquel, que todas sus obras y oraciones destinaba á vuestro refrige-  
 rio! ¡Agonizantes que luchais con tantas tentaciones en la hora decisiva  
 de vuestra eterna suerte, se acabó ya aquel, que tan presente os teína en  
 cuanto rezaba! ¡Lloremos, finalmente, lloremos todos! la falta de un varón  
 justo, de un *Sacerdote fiel y segun el corazón de Dios*, cuyas oraciones suspen-  
 dian quizás los justos castigos del Omnipotente, vengador del pecado: y  
 pidámosle con los ministros de su Iglesia, *que el Arcángel San Miguel, pre-  
 sente la alma de Luis en aquella santa luz, que en otro tiempo prometió á Abra-  
 ham y á todos sus descendientes, para que en ella descansase en paz. Amen.*

veces llam-  
 esus! Specto bello espec-  
 bella grande ali- fidedada de la ma-  
 staba llena sino grandeza y de a-  
 de esas intelige- bran por toda la eter-  
 ¿Qué bello especta para los hombres, ver  
 ación tan constante á la voluntad divina, no oír  
 as: *¡Hágase en todos* butos en favor de los *voluntad*  
*ierezco, menos es lo que* salieran de la prisión mu-  
 su última agonía: *ienes* dió el sustento corpora-  
 aplicado á su educirlo á pocos números. Oid sola-  
 ficarse. Venid, y fiel tengo formada y acabad de  
 llagas y ac- as, esta paloma ton exterior nada singular, abrigaba en  
 las santas n as, esta paloma ton exterior nada singular, abrigaba en  
 reposo; esta grande alma romper los dido. El dinero que públicamente  
 zo, separarse con dulzura de aquel os últimos once años de su vida, mon-  
 eselava: dejar sin sentimiento esta los pesos cuatro reales. Pero no os ad-  
 de su eternidad; (1) elevarse hasta el tan poco tiempo. Luis se habia aplica-  
 Criador y á su Redentor, adornada del *Psalmo*. El creia oír á Jesucristo,  
 tar el número de aquellos espíritus *fr.* (1) á ti te encomiendo al pobre: yo  
 los piés del *Cordero que domina la tier* tu caridad mis desvalidos, la porción,  
 mueren los justos y los solitarios de los que yo les habia dado por padres  
 han finita misericordia, lo encuenta sus tiranos: la ambición, la pompa  
 los deleit peramos) y de allí no saldrá inados á su socorro y alivio. *Tibi de-*  
 relictus est Así mueren los justos y mis pobres su protector, y los huerfa-  
 nos su amparo año de 1776, en que en-  
 ien con tanta *fr.*

XLIII—Perc *es,* queriendo yo pasar á otras cosas, se me pre-  
 senta la caridad ba *mu* da en lágrimas, y abriendo un libro fiel, en que están

(1) *Psalmo 9,*

JUANIL

OMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





UNIVERSITY OF TEXAS

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN

UNIVERSITY OF TEXAS  
LIBRARY

UNIVERSITY OF TEXAS  
LIBRARY